

PUERTO RICO — CULTURA Y PERSONALIDAD*

LOIDA FIGUEROA MERCADO**

SI Puerto Rico tiene una cultura definida y si existe una personalidad puertorriqueña ha sido objeto de estudios por antropólogos y por profanos, por extranjeros y por naturales. Si los antropólogos creyeron que la cultura de esta pequeña isla sería tan fácil de estudiar como la de los Hopi y la de los Aranda bien pronto se percataron que el pueblo que se asienta en nuestras escasas trescientas cincuenta millas cuadradas no tiene ni la sencillez ni la homogeneidad que facilitaría un estudio breve, claro y concreto. Es estimulante para un individuo nacido y criado en Puerto Rico, producto de varias generaciones de hijos del país, analizar los diferentes estudios de las diferentes opiniones que se han hecho sobre la cultura y la personalidad puertorriqueña.

El año pasado Theodore Brameld publicó un libro titulado *The Remarking of a Culture* en el cual recoge la opinión expresada por sujetos entrevistados por él, tanto del sector intelectual como del sector común de nuestro pueblo, de que la cultura puertorriqueña podría calificarse como sincrética. En el caso de Puerto Rico en su opinión, los elementos dispares que van fundiéndose son la cultura hispánica y la estadounidense en un matrimonio singular al cual cada uno de los contrayentes aporta lo mejor de su acervo. La impresión que se recoge de la lectura del libro es que la cultura puertorriqueña ha sido y es el resultado de esas dos corrientes que han influido e influyen sobre ella.

En tenor parecido, el profesor Richard L. Meier en su ponencia *Hybrid Vigor in Transculturation* pretende explicar la transformación de la economía y la sociedad puertorriqueñas en el siglo XX como resultado del entrecruzamiento de las dos culturas. A esta manifestación ripostó el profesor Richard M. Morse, director del Instituto de Estudios del Caribe con una ponencia titulada "La transformación ilusoria de Puerto Rico" en la cual refuta que la cultura puertorriqueña sea

* Este artículo apareció publicado en *Atenea*, boletín bimestral de la Facultad de Artes y Ciencias del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas de la Universidad de Puerto Rico.

** Profesora del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas.

consecuencia de dos corrientes nacionales extrañas a la Isla. Afirma Morse que Puerto Rico fue el lugar de América donde menos trasplante español hubo y concede que sólo la textura de la cultura hispánica estaba omnipresente, pero que la estructura no había logrado plasmarse. En cuanto al otro ingrediente, la cultura estadounidense, Morse cuestiona no sólo que haya habido una transculturación sino también la capacidad de Estados Unidos para efectuarla en el caso del pueblo de Puerto Rico.

Con dos ejemplos bastaría para probar que no hay consenso de opinión en los estudiosos ajenos a nosotros, pero si oímos lo que tienen que decir los de adentro nos hallamos con la misma confusión. En 1930 la revista *Indice* que se publicaba en Puerto Rico hizo una encuesta sobre estas grandes interrogantes: ¿Qué somos? ¿Cómo somos?, con estas preguntas suplementarias, ¿Cree usted que nuestra personalidad como pueblo está completamente definida? ¿Existe una manera de ser inconfundible y genuinamente puertorriqueño? ¿Cuáles con los signos definitorios de nuestro carácter colectivo?

A esta encuesta los intelectuales de entonces contestaron de manera bien diversa. En un caso se opinó que la personalidad no estaba definida, pero que éramos inconfundiblemente puertorriqueños. Otro manifestó que estábamos indefinidos, que no existía una manera de ser puertorriqueña y que colectivamente éramos un retoño de abolengo hispánico que atravesaba en el momento un período de transición. Otra opinión fue que, como sucede con cualquier otro pueblo, teníamos una personalidad apropiada aunque no propia en grave peligro de disolución. Para otro intelectual éramos una nación en rehenes, mejor en el pasado que en el presente. También se opinó que éramos una masa amorfa, y gelatinosa que a fuerza de ser tantas cosas acabó por ser nada. No faltó quien dijera que éramos un injerto del individualismo español y del sentido práctico de los yanquis, y aún quien manifestara que nos ha faltado tiempo para constituir nuestra personalidad, y más que tiempo, libertad para hacerlo.

Sería interesante especular sobre los resultados que tendría una encuesta similar luego del paso de treinta años. Hace unos meses comentaba el profesor José Arsenio Torres que si ante la cuestión que se debate hoy en Puerto Rico, resumida en la pregunta ¿adónde vamos?, no sería más acertado preguntar primero ¿qué somos? Y me pregunto yo si se podrían liberrar esas dos cuestiones tan trabadas, el ser de hoy o el ser de mañana, y determinar cuál debe contestarse primero.

Dejando a un lado este asunto, es fuerza examinar la historia de la formación de este pueblo, que presenta tanta complejidad al estudioso. ¿Será cierto que su cultura es sincrética? Sin lugar a dudas lo

es, aunque los que así la califican se equivocan en cuanto a los elementos componentes. Antes de investigar la influencia de la cultura estadounidense hay que hacer claro la naturaleza de la cultura puertorriqueña antes del 1898. No es absolutamente exacta la opinión del Dr. Morse en cuanto al trasplante de cultura hispánica en Puerto Rico. Ciertamente que el denominador común de pacifismo que se le da a Puerto Rico está bien distante de las características que se le adscriben al pueblo español en el día de hoy, pero esto no es base suficiente para decir que apenas hubo trasplante español.

El español que vino a Puerto Rico sufrió el efecto de un ambiente muy diferente al que estaba habituado, por lo que tuvo que cambiar sus costumbres aceptando las soluciones ya hechas por los naturales. Sobre esta situación hay que montar el mestizaje biológico y cultural que resultó de su unión física y espiritual, no sólo con los naturales, sino también con el otro pueblo invasor que compartía con los otros dos pueblos la dura tarea de fundar una colonia a estilo español en el trópico. Todos estos factores juntos tenían que influir sobre las tradiciones culturales que trajeron los conquistadores, resultando del proceso de "toma y daca" una expresión cultural de porte español, con otros ingredientes mezclados o leudados por la cultura conquistadora.

¿Cuándo los descendientes de españoles, indígenas, negros y otros pueblos empezaron a sentirse puertorriqueños? Es materia que, aun cuando fuese estudiada, sería difícil de precisar por lo elusiva. Sin embargo, ateniéndonos a las claras manifestaciones, podemos afirmar sin lugar a dudas que en la alborada del siglo diecinueve ya se hacía distinción entre los hijos del país y los peninsulares. El espíritu de puertorriqueñidad era tan acendrado que en las instrucciones a Power se pedía que los puestos públicos fuesen otorgados preferentemente a los hijos del país. Aunque la mayoría de los liberales estuvieron contentos en 1812 con el status de provincia española para Puerto Rico y de ciudadanos españoles para los puertorriqueños, había un sector que desde final del siglo XVIII aspiraba a la separación completa de España, inspirados en el triunfo de las trece colonias inglesas. Andando el siglo XIX la mayoría de los liberales evolucionó hacia el ideal autonomista, en un intento de alcanzar la mayor separación posible dentro de la integridad nacional.

Queda establecido que al finalizar el siglo XIX existía en Puerto Rico un pueblo con conciencia definida, no sólo del ser en aquel presente, sino también del ser en el futuro. Como individuos, había dicho Abbad, los naturales eran indolentes, y como no ambicionaban comodidades materiales, se aplicaban poco al trabajo y se deleitaban mucho en los vicios. Sus virtudes, la hospitalidad y generosidad, les venían

de cierto por los costados indígenas y español, como también les vendría por el costado indígena el carácter pacífico, que no excluía la valentía cuando fuese ésta necesaria. Si el soldado puertorriqueño prefería las campañas cortas, se debía, según Abbad, a su gran amor a la tierra, cualidad imprescindible en un pueblo que, no sólo por su insularidad, sino también por la herencia indígena, se aprestaba a defender el suelo en que había nacido.

Hay que reconocer en nuestro primer historiador su gran sentido de comprensión de la idiosincracia del puertorriqueño, ya que su análisis concuerda generalmente con el cuadro general que aún hoy se hace de nosotros. Podríamos sin suponer que agotamos el tema, señalar aún otras características, consecuencias ya del ambiente, ya de la historia, o bien de ambas.

La posición geográfica de Puerto Rico fue en parte responsable de una de las características más significativas de los puertorriqueños, la incertidumbre. Debido a ello la Isla vino a ser frontera de choque contra los ataques de caribes, franceses, ingleses y holandeses, cuya intermitencia tenía que causar necesariamente en los puertorriqueños, la actitud incierta del que espera de un momento a otro una desgracia. La localización del terruño en el paso de los ciclones, manifestación para los indígenas del dios malo, perturbó a los colonizadores, no acostumbrados a tales fenómenos y acentuaron en ellos el sentimiento de fatalismo. La incertidumbre y el fatalismo —inseguridad ante la interrogante del futuro—, obligaron al pueblo a replegarse playas adentro, temeroso de las inclemencias del tiempo y de los hombres. "Que nos coge el holandés": acuñó el vulgo, y si bien hoy no está el holandés merodeando nuestras playas, el temor de que nos coja alguien está latente y patente en la idiosincracia del puertorriqueño. De allí su insistencia en estar bajo la sombra de una potencia mundial: España mientras lo fue, ahora Estados Unidos.

El largo período de contrabando que sostuvo Puerto Rico con otros países permitió el desarrollo de ciertas características que provocan la crítica de los extranjeros que nos visitan y nos califican como irrespetuosos y desordenados. El contrabando requería que se agudizase el ingenio para engañar al agente del gobierno, o la malicia para corromperlo. Aquella vez el contrabando era necesario y justificable pero las cualidades que creó persisten y se transfieren a cualquier situación en que una demostración de astucia se aparee con el oculto placer que se siente de ganarle una partida al gobierno. El gobierno sigue siendo una entidad divorciada y hasta enemiga del pueblo, y esa actitud puede ser una de las raíces del desprecio y antagonismo a la reglamentación que exige la vida moderna aunque por otro lado se respeten los gran-

des postulados de convivencia humana. Sólo falta tiempo para que el individuo entienda que las reglamentaciones pequeñas son necesarias en una época en que se vive apretujado y de carrera y que ya pasó aquel tiempo en que los españoles pudieron desparramarse por la faz de la Isla, ni cerca ni distantes de sus vecinos.

Los cambios rápidos que se han producido en Puerto Rico hacen que los valores se trastruequen y que no haya sosiego necesario para que las costumbres se conviertan en normas. Sin embargo, a través del lienzo pueden rastrearse las constantes en el carácter individual y colectivo del puertorriqueño.

Como el reducido ambiente y el clima lo obligaban a conformarse con lo estrictamente necesario, el sueño del mejor estar se cifraba en algún lugar ajeno al terruño. El Perú, Europa, Hawaii o Nueva York, todo es lo mismo. Luchan entre sí el deseo de enriquecerse pronto y el amor al lar nativo. La componenda la hacen muchos saliendo afuera con la esperanza de poder volver después a establecerse con la fortuna que allá hicieron. El resultado de la aventura es o vivir fuera con nostalgia o convertirse en viajeros eternos entre una y otra polaridad. Esta dependencia del extranjero para conseguir un mejor estar se manifiesta también colectivamente. Por tres siglos Puerto Rico no se ocupó de desarrollar sus recursos por estar pendiente de la llegada del situado para que sirviera de transfusión momentánea a su esquilmado organismo. Fue necesario que lo perdiera abruptamente para que volviera sus ojos playas adentro y desarrollase la riqueza interior. A pesar del paso del tiempo el esperar que sean otros los que resuelvan nuestros problemas no se ha erradicado de nuestro suelo y el buscar ayuda económica del exterior es aún un recurso psicológico que no desapareció con el situado.

Inseguridad individual y colectiva, la alucinación que se cifra en una fortuna fácil, la jaibería, el disimulo, la renuencia a hacer decisiones categóricas, anfibologismos en el pensamiento político, se mezclan y se aparean con un sentimiento colectivo de bondad y de respeto al ser humano que se condensa en el famoso "¡Ay bendito!" con el que en un dejo de desprecio nos han bautizado quienes no pueden entender los entresijos de nuestra alma colectiva. ¿Podría hacerse una figura verbal o escrita que describa a cabalidad nuestro pueblo? El quererlo hacer presupone ignorancia ya que ningún pueblo del mundo puede resumirse sin caer en exageraciones u omisiones. El nuestro, por su composición sincrética, por su peculiar posición geográfica e histórica, es una paradoja incomprensible no sólo para los espectadores, sino para los mismos actores, que muchas veces actúan, no tan sólo sin saber el drama en conjunto, sino también sin saber su particular papel.

CONCLUSION

Hemos tratado de hacer claro hasta aquí que Puerto Rico tiene una cultura sincrética cuyos elementos son el indígena, el africano y el español, este último como el dominante y leudador de los otros dos. Por conducto de los personeros de la cultura española y por inmigrantes de otros pueblos europeos llegaron a Puerto Rico, si bien tardíamente, todas las manifestaciones del pensamiento europeo, tanto de índole material como espiritual. Cuando arribaron a nuestras playas las tropas del general Miles, ya Puerto Rico estaba al tanto de los casos y cosas del mundo aunque refractadas tal vez por nuestra insularidad. Puerto Rico no era el mismo caso de Hawaii y Filipinas, algo que se debe tener muy presente cuando se habla de la posible transculturación estadounidense.

Como ya desde fines del siglo XVIII se habían iniciado y mantenido contactos materiales y espirituales con Estados Unidos, y siendo la mayoría de los puertorriqueños liberales y republicanos, la admiración de éstos a la "gran república del norte" (así se referían siempre a ella), se elevaba al cubo aunque se manifestase que el unirse a dicha nación sería un suicidio espiritual. Habrá quien se maraville y quien piense negativamente del pueblo puertorriqueño por el modo como recibió la invasión militar de los Estados Unidos, con actitud tan diferente de la adoptada por la Isla ante otras invasiones; pero quien así lo haga no está enterado de las realidades tras la actitud de nuestros compatriotas del 1898.

Todos los comentarios que se hagan hoy por naturales o extraños acerca de la transculturación estadounidense en Puerto Rico pecarán de inexactos si no se sopesan las actitudes de los personeros y de las dos culturas que la guerra entre España y Estados Unidos puso frente a frente. Los puertorriqueños rezumaban la misma actitud que tuvieron los indígenas ante los españoles, sólo que esta vez los dioses blancos venían del Norte, Tan sencillamente como aquellos, depositaron su fe en la gran república democrática que tan a la par estaba con sus arraigados sentimientos políticos.

La actitud de los Estados Unidos era diametralmente contraria. No conocían ellos a Puerto Rico tanto como los puertorriqueños a ellos. La Isla, desde los tiempos de Jefferson, había sido codiciada por su posición estratégica y por el comercio que con ella podía efectuarse, libre de las restricciones que imponía España. La cultura que aquí hubiese les era desconocida. Ciertamente, pensaban, y, tomando a España como punto de referencia, tenía que haber aquí un pueblo retrógrado

e ignorante de las tradiciones democrático-liberales, al cual tendrían que "enseñar" los nuevos invasores a entender y poner en funciones la forma de gobernar y vivir de los norteamericanos.

Alguien ha descrito ese período como traumático. Los líderes puertorriqueños bien pronto se dieron cuenta de que no habría un ingreso inmediato en la república de repúblicas porque el pueblo a quien España (no obstante los motivos envueltos) había reconocido la capacidad para gobernarse tenía que ser sometido a un nuevo proceso, empezando por el gobierno militar.

Este nuevo sometimiento influyó en el alma individual y colectiva de los puertorriqueños y sus frutos se han ido manifestando en los últimos sesenta y tres años. Podría ponerse en duda y hasta negarse que haya tenido éxito una transculturación que añada un elemento más a nuestra idiosincracia de pueblo. Lo que sí ciertamente no puede ocultarse es que hubo y hay el intento de que Puerto Rico asimile o se asimile a la cultura estadounidense. Empezando por el idioma, el cual se dice es el alma de los pueblos, hasta los detalles mínimos del vestir y del comer, se trató y aún se trata de que Puerto Rico se "americanice", según se entiende vulgarmente el término asimilación. Como se había dicho ese era el requisito indispensable para entrar en la república federal, meta de los dos partidos que presentaron programa al pueblo en 1900.

En el recorrer de los sesenta y tres años y como resultado del contacto mutuo, las actitudes de uno y otro han ido sufriendo cambios. Debido a la incomprensión mutua, el pueblo puertorriqueño se ha sentido ofendido por las generalizaciones hechas por expertos y profanos en cuanto a sus defectos o virtudes de pueblo. Como es natural que suceda entre culturas diferentes lo que aquí es una virtud, allá es un defecto o viceversa. Con su mezcla de orgullo y de complejo de inferioridad el pueblo ha reaccionado con empuje ante acusaciones tales como que somos "mañana people", o de que somos ignorantes, o de que somos negros o de que somos inmorales o de que somos dóciles. Aún en estos días el Sr. Kazin causó revuelo al denunciar entre otras cosas nuestra docilidad, aunque esta vez salieron a nuestra defensa unos continentales residentes en la Isla. Sin embargo, resulta ya un disco rayado la acusación de que si no fuese porque estamos bajo la soberanía de los Estados Unidos tendríamos los mismos inconvenientes que surgen en las antiguas colonias españolas que han venido ensayando un gobierno de tipo republicano, o dicho de otro modo, que no sabemos goberarnos. Eso se nos dijo también en tiempo de España, como es natural. No ha habido una potencia imperialista que manifieste de grado que las gentes que viven en territo-

rios bajo su dominio podían gobernarse solas. La acusación es normal, lo que resulta incongruente es que los puertorriqueños en general coincidan sin protesta con la opinión, y, por otro lado, que se consideren ofendidos si se les dice dóciles. Tal vez no sea tan incongruente si se toma en cuenta la duración del endoctrinamiento.

Volviendo la medalla vemos que los puertorriqueños están igualmente prejuiciados en cuanto a los estadounidenses. El prejuicio es en unos a favor y en otros en contra. Los estadounidenses, vistos en las pantallas del cine o por sus personeros comerciantes han creado en las mentes de nosotros un concepto muy distinto al que teníamos en tiempos de España cuando sólo advertíamos el idealismo político. Debido a eso, al lado del endiosamiento de que han sido objeto se aparecen otros conceptos que distan mucho de ser absolutamente ciertos o afines con dioses terrenales. Tanto como los estadounidenses, hemos caído en el pecado de generalizar.

Las polémicas de hoy se ciñen a dilucidar la composición de nuestra cultura en la actualidad. Algunos se van al extremo de atribuir todo lo bueno a los Estados Unidos y otros recorren la vía contraria, lo cual es absurdo, tanto en un caso como en el otro. A veces los puertorriqueños demuestran a las claras su vasallaje espiritual, otras lo disfrazan con arrogancia. El Dr. Morse cita en su artículo las palabras de unos líderes del comercio que manifestaron que aceptarían la organización y sistema comercial de los Estados Unidos, pero que en lo espiritual continuarían siendo hispánicos. En el mismo artículo Morse comenta que los intelectuales puertorriqueños echan en cara a los estadounidenses su materialismo, sintiéndose superiores a éstos en el ramo espiritual. A ello el Dr. Morse comentó muy acertadamente que era de extrañarse que un pueblo que se ufana de su idealismo quiera resolver un valor tan espiritual como su destino político en la manera del que va de tiendas, buscando la fórmula que le salga más barata. Lo que demuestra la incertidumbre y la confusión que impera en nosotros, aún frente a los valores que decimos poseer.

Lo cercano de este estudio en nuestra historia hace difícil su justipreciación. Podría, sin embargo, postularse una teoría ecléctica que tome en cuenta hasta donde más sea posible todo el devenir de nuestra vida individual y colectiva. Podríamos decir que hasta cierto punto el contacto especial que tenemos con una cultura militar y económicamente poderosa ha acentuado en el puertorriqueño su ancestral sentido de dependencia y por ende de inferioridad. El vasallaje espiritual trasciende hasta detalles ínfimos, lo que indica su arraigo en la conciencia del pueblo. La arrogancia que también expresamos se

manifiesta, por decir así, cuando se suscita un choque abierto con la otra cultura, pero se inhibe cuando se está fuera de contexto.

El proceso formal de asimilación, canalizado principalmente por medio de la instrucción pública y privada, como clásicamente se hace, ha deteriorado el sentimiento de puertorriqueñidad que maduró en el último siglo de la dominación española. La base principal de ese deterioro es el desconocimiento imperante, no solamente de la historia de Puerto Rico, sino también de nuestros más señalados valores. No puede esperarse más de un pueblo que hizo obligatorio el estudio de nuestra historia en el nivel secundario de enseñanza tan solo del 1944 a esta parte, y que aún no lo ofrece como obligatorio para todos en el nivel universitario. Abónese esta desidia a la incertidumbre o al temor que se tiene de manifestar puertorriqueñidad, o al deterioro de ese sentimiento en los últimos sesenta y tres años.

El cambio habido en nuestras costumbres podrá deberse en parte a influencias de vivir en Estados Unidos, no olvidando sin embargo que el modelo que se ha emulado no es el que representa a cabalidad la idiosincracia del estadounidense. El cine y la vida de metrópoli, que es donde los personeros de nuestra cultura experimentan el contacto más estrecho no demuestran las costumbres más generalizadas de los estadounidenses. No debe decirse que los cambios desfavorables en nuestros mores han sido causados ni aún por esas influencias distorsionadas. Yo diría que muchos de esos cambios se deben más bien a la vida misma en marcha, a la modernización, al cambio en la estructura económica, cosas que acontecen independientemente de la presencia o la ausencia de ésta o aquella cultura.

En vez de transculturación dado el caso de que este proceso se lleva a cabo más bien cuando las culturas en cuestión guardan gran disparidad en cuanto a la escala de desarrollo (lo que no es el caso de Puerto Rico), sería más correcto decir que aquí se va haciendo un proceso de aclimatación de algunos rasgos de la cultura estadounidense. Puede que este proceso se haga sin discernimiento muchas veces, dándose el caso que aclimatemos lo que la misma cultura invasora quiere podar por inservible.

No debemos olvidar que tanto Puerto Rico como Estados Unidos son parte del complejo de la cultura occidental, y que por lo tanto muchos de sus rasgos les son comunes. Tal es el caso del ideario democrático-liberal existente ya en Puerto Rico, pero que ha sido fortalecido por el contacto estrecho con la gran república. Como que también debido a nuestra diversidad de origen tiene Puerto Rico muchos rasgos, especialmente en el terreno de las ideas y de las rela-

ciones humanas, que nos colocan a la vanguardia de los Estados Unidos, y que ganaría grandemente esta nación si los aclimatase.

La cultura y la personalidad puertorriqueñas aparecen como confusas y contradictorias no sólo ante los extraños sino ante nosotros mismos. Tal vez gran dosis de la confusión nuestra se deba a la ignorancia general de los hilos y del trazado del tejido. Dando por descontado que éste sea complicado en sí, es imprescindible el conocimiento consciente de nuestra historia para que contestemos competentemente las preguntas. ¿Qué somos? y ¿A dónde vamos? Antes urge que hagamos un inventario de nuestro haber y nuestro débito; que echemos al zafacón lo inservible y que saquemos de las buhardillas los valores que allí yacen empolvados. Conscientes de nuestros defectos y virtudes, como también conocedores avisados de la cultura estadounidense, podríamos con leve esfuerzo sacudir el vasallaje espiritual que nos conturba y encararnos al problema de nuestro destino como pueblo, en este momento álgido del hacer y permanecer del hombre sobre la Tierra.